

La ley fundamental de la arquitectura moderna es que el edificio se alquile.

El arte y la belleza, que vienen á ser una misma cosa, son dos preocupaciones de la antigüedad. Hoy lo bello agrada, pero lo útil triunfa.

Pintura, escultura, arquitectura: habéis sido demasiado grandes, demasiado poderosas, para que no nos ofenda vuestra presencia.

Preciso es que se humille ante nosotros vuestra soberbia aristocracia.

Ya no hay príncipes que os adulen; ya no hay héroes que fundir en bronce ni tallar en mármol; ya no hay aquella fe viva que levantaba esas inmensas catedrales, donde os habéis refugiado, como los muertos, á esperar el día solemne de la resurrección.

¡Pintura!: ya no hay más que colores políticos, no se tiran más líneas que las del cálculo, y no se dibuja más perspectiva que la de la conveniencia.

¡Escultura!: ya no se funden más que cañones rayados; no se acuñan más que monedas; no se graban más que billetes de Banco.

¡Arquitectura!: ya no se edifican más que casas, casillas y casinos.

Para cuadro, ninguno mejor que el que nosotros mismos formamos.

Para estatua, ninguna mejor que una mujer desnuda.

Para edificios, nos sobran con la Bolsa y con el templo de las leyes.



EL DÍA DE LOS REYES



ABLEMOS del día de los Reyes muy por encima.

Hace ya cerca de diez y nueve siglos que un día tres Reyes del Asia, movidos por un secreto impulso, dejando cada uno su reino y cargados de dones, salieron en busca de un Rey más poderoso á quien rendir el homenaje de su adoración y los tributos de Oriente.

El Rey á quien buscaban no estaba inscrito en el catálogo de los Reyes de la tierra: su reino no aparecía señalado en las cartas geográficas del mundo conocido.

No obstante, Gaspar proseguía su camino con tenaz empeño; Baltasar dejaba en pos de sí las montañas como obstáculos vencidos, y Melchor subía ansioso por las pendientes de los valles, creyendo encontrar sobre la llanura más fértil del mundo la ciudad más grande de la tierra.

Estos tres Reyes, saliendo de distintas regiones, vinieron al fin á reunirse en un punto.

En aquellos tiempos de oscuridad y en aquellos

países de ignorancia, debía experimentarse una verdadera escasez de pensamientos.

Así es que los tres monarcas, sorprendiéndose mutuamente en su peregrinación, no se asombrarían al ver que un mismo pensamiento los reunía á largas distancias de sus respectivos reinos.

Tampoco el comercio de las ideas había extendido por aquellas tierras apartadas el tráfico de la inteligencia.

Ninguna idea había podido elevarse aún al rango de mercancía, ni los pensamientos habían adquirido la suprema calidad de valer dinero.

En su consecuencia, ni Baltasar, ni Gaspar, ni Melchor tuvieron un verdadero interés en creerse plagiados.

La historia, por lo menos, esa vieja curiosa que todo lo averigua y todo lo cuenta, nada nos dice de que disputaran acerca de cuál era el autor original de aquel pensamiento.

Una vez juntos, debieron pensar seriamente en el término de su viaje.

Afortunadamente no los seguía una tripulación incrédula como la que pedía la cabeza de Cristóbal Colón en los momentos en que tocaba los límites de su atrevida empresa.

Allí hubiera muerto colgado de una antena, si el Nuevo Mundo, oculto hasta entonces en las brumas del horizonte, no hubiera salido en su socorro.

Tampoco llevaban en pos de sí un pueblo ingrato, como el que murmuraba de Moisés en las soledades del desierto.

Mil veces se hubiera vuelto al dominio de los Faraones, dando la espalda á la tierra prometida, que lo esperaba al otro lado del Jordán, si no lo hubiera arrastrado la mano de los prodigios.

Baltasar, Gaspar y Melchor iban solos.

Caminaban sin vacilar por tierras desconocidas.

De pronto una luz misteriosa se les pone delante.

Hay que creer que los tres Reyes discutirían largamente antes de encontrarse con aquella aparición luminosa, porque sin la discusión no hubiera salido la luz.

Hay que suponer esta parte indispensablemente, porque ni Baltasar, ni Gaspar, ni Melchor tuvieron la idea de escribir sus impresiones de viaje.

¡Ah! las letras se encontraban entonces en un lamentable abandono. Basta decir que no se conocían ni siquiera las letras de cambio.

En aquellos tiempos oscuros un rayo de luz debía tener mucha más importancia que tiene el sol en el siglo de las Luces.

Y se comprende perfectamente. Por eso hasta hace muy poco no se ha descubierto que el sol era opaco.

La verdad es que nos vamos á ver en la necesidad de apagarlo por innecesario, si él no se anticipa á suprimirse, en vista de que no hace falta.

Pero yo creo que él conserva demasiado apego á sus viejas costumbres, y tendremos al fin que darle un soplo.

¡Pobre viejo! Ya le han averiguado que tiene manchas.

Si los últimos adelantos no lo hicieran inútil, habría que lavar lo. Sería indudablemente una cosa curiosa lavar el sol.

Pero retrocedamos.

Los tres Reyes se encontraron heridos por un rayo de luz, y, lo que es natural, vieron el camino.

La luz marchaba delante como un guía, y los tres la siguieron sin vacilar.

No debe extrañar á nadie esta conformidad de pareceres, porque la luz era una sola. Hoy hubiera cada uno de ellos elegido su luz.

Y es indudable : los tiempos presentes están mucho más alumbrados.

Por eso nos parece pálida la luna, débiles las estrellas y el sol opaco.

La luz caminaba, y los tres Reyes la seguían por unanimidad.

De repente se detuvo suspendida en el aire sobre un pueblecillo miserable, llamado Belén, como si claramente les dijera : «Aquí.»

Los tres Reyes debieron mirarse con asombro. Por ninguna parte encontraban ni la más ligera señal del poder de un Rey.

La luz inmóvil continuaba diciendo : «Aquí.» Los tres Reyes tenían delante de sí un portal arruinado.

La lógica no les había enseñado todavía cómo se hacen argumentos contra la luz, y no tuvieron más remedio que doblar la cabeza y entrar.

Á los pocos pasos cayeron de rodillas.

El palacio era un establo, la cuna un pesebre, el Rey un recién nacido.

De esto hace diez y nueve siglos.

Este suceso ha puesto en el principio de cada año un día que se llama el día de los Reyes.

En ese día vienen todos los años ; en ese día se esperan en todas partes.

Gaspar, Baltasar y Melchor son unos viajeros infatigables.

En la mayor parte de los pueblos de España, al amanecer de ese día ya están tomadas las avenidas del camino. Todo el mundo sale á esperar á los Reyes.

Esta vez no son defraudadas las esperanzas de la multitud : los Reyes no se hacen esperar. A la hora convenida aparecen á lo lejos, y entran triunfantes en medio de la gente apiñada.

El Ayuntamiento, desde el balcón de las Casas Consistoriales, es en esta ocasión la luz que les indica el camino que deben seguir.

Inmediatamente después estos Reyes son destronados.

Á las veinte y cuatro horas, Melchor se ve reducido á la condición de barbero, Gaspar disimula su desgracia guardando las viñas que se extienden á la salida del pueblo, y debajo del ancho sombrero de un mozo de mulas se esconde á las miradas curiosas la testa coronada de Baltasar.

En Madrid las cosas cambian naturalmente de aspecto. Á los Reyes se les espera de noche.

Como no se sabe la hora fija, es indispensable una escalera para verlos venir.

En esto hay algunas excepciones ; muchos, para

verlos venir, no necesitan más que una baraja.

Sin embargo, lo característico y lo tradicional es la escalera.

La multitud corre en grupos, alumbrada por algunos hachones, por varios cafés y muchas tabernas.

Para esta gente que corre en tumulto por las calles y que pasa rápida como una chispa, es indispensable un gallego auténtico ó un asturiano original.

Éste es el que ha de llevar la escalera sobre sus hombros.

Él la lleva, y los demás suben.

Conviene advertir que asturiano y gallego está aquí tomado en sentido de víctima.

Los engañan en nombre de los Reyes.

La venida de los Reyes en Madrid es una ilusión, porque los Reyes no vienen.

Y sin embargo, el día de los Reyes debe ser una terrible realidad para todos aquellos que no tengan ni dos reales.

Los tiempos deben ser muy estrechos cuando los Reyes sólo tienen un día al año; y si se consulta el Almanaque, que es el código fundamental del tiempo, se verá que ese día es de los más cortos.

Aunque se le cuenten veinte y cuatro horas, la mayor parte de ellas son oscuras.

Así es que en lugar de decir el día, el Almanaque hace tiempo que debía anunciarnos la noche de los Reyes.



NO HAY TONTOS



o me opongo á que el alma resida en la cabeza como en su propio y natural asiento. Era preciso que el alma tuviera muy pocos recursos para haber elegido otra habitación. Sólo un alma muy pobre se resignaría á vivir en otra parte del cuerpo.

Reside, pues, en la cabeza, como el cochero en el pescante, como la mirada en los ojos, como la palabra en la lengua.

Además, es indudable que el alma reside dentro de la cabeza, porque se la ve detrás de la cara como la luz detrás de un papel transparente.

Pero esto es la regla general.

En una población de doscientas mil almas, pronto se echan de ver las excepciones de esa regla.

En Madrid llaman la atención al momento las gentes que se han echado el alma á la espalda.

La vida es una peregrinación, y esas gentes han

comprendido que con el alma á la espalda se anda más camino. Sobre todo se suben las cuestas con más facilidad.

Estas son las gentes felices.

Y, en efecto, se anda hoy demasiado de prisa para que se pueda hacer cómodamente el camino con todo el peso en la cabeza.

El alma á la espalda es un medio que facilita todos los movimientos. La agilidad de un hombre que lleva el alma á la espalda es inmensa, porque el alma pesa más de lo que parece.

Para él todos los caminos son practicables, todas las alturas son accesibles.

Es el jugador que siempre gana, el político que nunca pierde, el deudor que nunca paga.

Lleva siempre la cabeza erguida y la risa en los labios.

Hay otros á quienes se les ha caído el alma á los pies.

Estos desgraciados no pueden dar un paso sin pisarse el alma.

Por eso se les ve inmóviles, siempre en el mismo sitio, sin aliento para moverse.

Llevan constantemente la cabeza inclinada, los brazos caídos y los ojos tristes.

Se les conoce por un movimiento de desdén, que consiste en encogerse de hombros, y esa es la expresión con que dan á entender sus opiniones acerca de todas las cosas.

Los primeros son hombres sin conciencia; los segundos sin fe y sin esperanza.

Hay otros á quienes la naturaleza ha concedido el raro privilegio de tener el alma en el corazón.

Estos son los jugadores que siempre pierden, los políticos que nunca ganan, los acreedores que nunca cobran.

Su casa, su bolsillo y sus manos están siempre abiertos.

Estos son los únicos hombres á quienes quitan el sueño las desgracias ajenas.

Cada uno tiene el alma en su almarío.

La sabiduría de las naciones ha querido decir con esto que cada uno la lleva donde puede ó donde quiere.

En Madrid las mujeres la llevan generalmente en los ojos, como una mariposa que revolotea dentro de un fanal.

Por eso, para fijar un momento la mirada de una mujer, no hay más que echarla flores.

Que el alma de una mujer es una mariposa, no tiene duda: siempre acaba por quemarse.

No hay más que ver cómo quiere atraerse todo lo que brilla.

Además, su inconstancia no puede explicarse de otra manera.

Es natural que con el talento suceda lo mismo que con el alma.

Así se ve que ocupa distintas partes del cuerpo, desde las que se da á conocer y se hace admirar.

Una mujer hermosa tiene el talento en la cara. ¿Cuántas cosas no dicen una frente tersa, una boca pequeña y una barba redonda?

Una mujer graciosa tiene el talento en el aire: en cada uno de sus movimientos hay un mundo de ideas.

¿A quién no le ha hecho pensar muchos días y muchas noches una mejilla sonrosada ó un talle flexible?

Un pianista tiene el talento en la punta de los dedos. Acaso sea la única parte de su cuerpo con que no desatine.

Oidle tocar y oidle hablar, y veréis que es muy posible desafine; puede tener la boca del tonto y las manos del genio.

Los oradores tienen, por lo común, el talento en la punta de la lengua.

El cocinero es el que ha elegido el sitio más extravagante para colocar su talento.

Sin duda le estorbaba para dedicarse á su oficio con éxito, y lo ha puesto en el estómago de los demás.

No hay tontos. Hasta ahora ha parecido que los había porque no se buscaba el talento más que en la cabeza.

Hoy es distinto. Como el talento se puede tener en cualquier parte, es imposible encontrar un hombre que no lo tenga.

Aquí tienen talento los charlatanes y los boberos, por el simple hecho de ser una cosa ú otra.

Estos dos seres tan distintos y tan semejantes, prueban que hoy es imposible no tener alguna clase de talento.

Para ser bolero no se necesita más que no ser

cojo; pero los cojos de entendimiento pueden ser charlatanes: precisamente ellos son los que más necesitan las *muletillas*.

Hay talentos de tal naturaleza, que excluyen á los demás, ó, mejor dicho, rara vez se encuentran dos talentos dentro de una misma persona.

Por eso el comerciante nunca es poeta, ni los astrónomos actores, ni los militares filósofos.

El que reúne todas la cualidades necesarias para una cosa, las tiene naturalmente incompletas para las demás.

Bailar con talento es, poco más ó menos, hacer con los pies lo que los charlatanes hacen con las palabras.

Sucede con estas dos clases de talento una cosa singular: todo el mundo los admira, y nadie los imita.

El bailarín más consumado no ha conseguido todavía introducir la más ligera variación en el modo de andar ni de moverse, y el hablador más consumado no ha conseguido aún que se introduzcan en el lenguaje lo que podemos llamar las piruetas de las palabras para darse á entender.

Madrid está lleno de talentos.

Desde el cuerpo de baile del último teatro hasta los salones de las Academias, todo es talento.

Aquí se fuma con talento, se viste con talento, se pasea con talento, se come con talento.

Es muy fácil no tener dinero, ni créditos, ni amigos, ni casa, ni vergüenza; pero es imposible no tener alguna clase de talento.

Y se comprende perfectamente que esto suceda en Madrid, donde es preciso tener talento hasta para hacerse los tontos.

Así es cómo se puede explicar la existencia de tantas celebridades, de tantos genios y de tantas fortunas. ¿Quién no sabe ya buscarse la vida? ¡Ah, si á muchos se la buscara la policía!

Hay, sin embargo, un tonto.

Tonto como las flores, que llenan el aire de perfumes para que otros los respiren.

Tonto como la luz, que se derrama por todas partes para que vean hasta los ciegos.

Tonto como la música, que se esparce en el viento para recrear los oídos de la multitud.

Tonto como el cristal, que deja ver todo lo que tiene detrás de sí.

Tonto como el agua, que riega los campos para que otros recojan el fruto.

Este tonto es el poeta.

Yo no conozco otro.

Este desgraciado tiene el alma en todas partes, porque su oficio es sentir las penas de los demás.

Y, francamente, cuando el ser tonto es tan difícil, bien se puede asegurar que se necesita muchísimo talento para ser tan tonto.

En conclusión: tienen talento hasta los poetas.



LA FELICIDAD

MADRID, entre otras cosas, es un conjunto de trescientas mil personas que se agitan en continuo y encontrado movimiento buscando la felicidad, buscándola á toda costa.

Ser felices es el resorte oculto que nos mueve, la mano poderosa que nos empuja en todas direcciones, el pensamiento, el deseo y la esperanza que consumen nuestra vida.

Es indudable que todos estamos de acuerdo, á lo menos en una cosa: no se puede negar que todos hemos hecho el propósito irrevocable de ser dichosos.

Al llegar aquí, se me ocurre una reflexión capaz de infundir desaliento en el corazón más vigoroso.

Yo digo: seis mil años hace que el hombre empezó á buscar la felicidad, y todavía no la ha encontrado.

Hasta ahora no hemos hecho más que lo que

hubiera podido hacer la aguja de un reloj fatigándose en recorrer la circunferencia de la esfera, empeñada en encontrar el número 13.

La felicidad es una especie de lotería, á la cual todos ponemos y á ninguno nos cae.

Si la razón sirviera para algo, ya nos hubiera hecho comprender que no hay nada que atormente tanto como la felicidad que se busca.

Así es que los menos desgraciados son aquellos que tienen bastante valor para no buscarla.

He aquí un profundo desatino: los que no son felices es porque se han empeñado en serlo.

Ó de otra manera: para ser feliz es preciso no contar con la felicidad que apetece.

Ó más claro: el que se persuade de que no hay felicidad sobre la tierra, ese será el más dichoso de los hombres.

Yo no sé lo que quiere decir felicidad completa, porque la felicidad, ó es completa, ó no es felicidad.

Equivaldría á decir que noventa y nueve era un ciento incompleto, y yo tengo la íntima convicción de que mientras sea noventa y nueve no puede ser ciento de ninguna manera.

No hay necesidad de recorrer la interminable serie de las desdichas humanas para convencerse de que la felicidad no existe; basta detenerse un momento en esta observación:

Pocos serán los hombres que, una hora al día por lo menos, no se persuadan de que todos los demás hombres son más felices que ellos.

Ahora échese la cuenta.

Puede sacarse en limpio una verdad imposible, y que, sin embargo, no deja de ser cierta, y es como sigue:

Cada hombre es más desgraciado que todos los demás. La universalidad de la envidia da testimonio de ello, desde Caín hasta nuestros días.

En Madrid especialmente se ha hecho de la felicidad una cosa tan indispensable, que no pensamos más que en ser felices; y para que haya suficiente felicidad para todos, se ha puesto la felicidad en todas partes.

Apenas hay quien no sea feliz por alguna razón más ó menos plausible.

La mayor desgracia que puede sucederle aquí á un hombre es la pobreza, y para eso tiene la felicidad de San Bernardino.

La mayor desventura que puede ocurrirle aquí á una mujer es ser hermosa y pura, y para eso tiene en su mano la felicidad de la prostitución.

Aquí se va á la felicidad por todos los caminos, de lo cual resulta que Madrid es el pueblo más alegre del mundo.

Aquí podemos ser todos dichosos con tanta felicidad, que no hay manera de no serlo.

Para que se me entienda bien, debo repetir que no hay nada que cueste más dolores que la manía de ser dichosos.

Es curioso el espectáculo de trescientas mil personas atormentándose para ser felices.

Por muy extendido que se halle el estudio de la

aritmética, hay una cuenta en la cual todo el mundo se equivoca.

Súmense los pesares que nos cuesta el placer más fugitivo, y nos encontraremos siempre con un exceso de desgracia diez veces mayor que la felicidad que hemos alcanzado.

No hay quien dé por un diamante el doble siquiera de lo que vale, y damos por un placer tanta felicidad, que hubiéramos sido por lo menos diez veces felices sólo con no adquirirlo.

Esto es tan cierto, que el corazón más rico no puede soportar dos años de placeres sin arruinarse.

Pregúnteseles á los testigos que voy á citar, y que es imposible que hayan podido ponerse de acuerdo.

Estos testigos son los hospitales y los palacios.

¡Qué absurda es la verdad algunas veces! Damos la felicidad de todos los momentos por un momento de felicidad: así andamos por el mundo.

Si hubiera un hombre que diera toda su fortuna por una pequeña parte de ella, sería inmediatamente declarado loco por los médicos, por los parientes, por el juez de primera instancia y por todos los vecinos; pero podemos dar la dicha de toda la vida por la dicha de un instante sin que la ciencia, ni las leyes, ni la familia, ni el público intenten despojarnos del uso de la razón.

Los placeres no son caros por el dinero que cuestan, sino por la felicidad que roban, y los placeres son la felicidad que buscamos.

¿Á quién no le ha sucedido alguna vez buscar el sombrero que lleva puesto?

¿Cuántas veces no nos volvemos locos buscando por todas partes un objeto que tenemos en la mano?

Yo he visto buscar su bastón á un hombre que lo llevaba debajo del brazo.

Yo mismo he revuelto muchas veces mis papeles buscando uno que tenía en el bolsillo.

Esto mismo nos pasa con la felicidad.

Cada uno la lleva dentro de sí, y todos nos empeñamos en encontrarla fuera de nosotros mismos.

Yo no sé cómo conciliar estas dos cosas que observo en el hombre.

Para depositar en otro un poco de dinero nos rodeamos de todas las precauciones.

La felicidad la confiamos al primero que nos sale al encuentro.

Antes de comprar un aderezo, la mujer más espléndida averigua su valor, examina su mérito y disputa duro á duro el precio que tiene señalado en la tarifa del joyista.

Puede ser que por cien reales de diferencia renuncie á la dicha de poseerlo.

Pero cámbiese el joyero en libertino; que el comerciante en joyas se transforme en hombre de mundo; que el precio del aderezo no sean quinientos duros, sino una cita, una conferencia misteriosa, un billete indiscreto; que sea, en fin, la felicidad de toda una familia, y no faltará una mujer, por económica que sea, que no la entregue generosamente, deslumbrada por el brillo de las piedras preciosas.

Por todas partes se encuentran en Madrid testimonios vivos de esta verdad.

Hay dos cosas que nos espantarían si tuviéramos tiempo para hacer que nuestras miradas penetrasen al través de la superficie de ese mundo que da vueltas alrededor de nosotros.

Estas dos cosas son:

La miseria del lujo y las angustias de la felicidad.

Los placeres, esos avaros que nos cobran con tan espantosa usura los fugitivos goces que nos prestan, huyen de nosotros el día en que han conseguido arrebatararnos la última esperanza y la última virtud.

Los placeres, por la fuerza misteriosa de una justicia superior á los hombres, llevan en sí mismos el germen de todas las desgracias.

¿Hay alguna cosa más ingrata que los placeres?

¿Por qué se permite que se dé el nombre de placeres á las cosas que más nos mortifican?

Hay telas que es preciso mirarlas por el revés, para enterarse bien de la habilidad con que están tejidas.

En virtud de este procedimiento, que no puede ser rechazado por el libre examen, yo exclamo:

¡Qué dichosos deben ser los desgraciados!

¡Qué desgraciados deben ser los dichosos!

Esos desgraciados que pueden tranquilamente entrar dentro de sí mismos, mirarse, por decirlo así, frente á frente, y estrecharse las manos con la noble efusión de dos amigos leales, deben ser muy felices.

Esos dichosos que se ven en todas partes, por-

que quizá no se atreven á entrar dentro de sí mismos, que buscan á los demás por huir de sí propios, que viven sin asilo porque la conciencia les ha cerrado la puerta, deben ser muy desgraciados.

Yo siempre que paro mi atención en este tumulto de seres humanos que se busca por todas partes, que se estrecha entre sí precipitándose unos detrás de otros, siempre en agitación y en movimiento, siempre juntos, llego á creer que cada uno de ellos tiene miedo de quedarse sólo.

En las calles, en los teatros, en los paseos, en los cafés y en los salones, y Madrid todo es calles, teatros, paseos, cafés y salones, la multitud se aprieta, se oprime, se agita, como si cada uno llegara allí huyendo de un implacable enemigo.

Al que por primera vez se le ofreciera este incesante espectáculo, abriría los ojos lleno de asombro y de compasión.

Pero pronto se pondría en el secreto; pronto caería en la cuenta de que todos acudimos á esa cita perpetua, alegres y dichosos, buscando en los demás una felicidad que no sabemos encontrar en nosotros mismos.

